

RECEPCIÓN ACADÉMICA DEL ILMO. SR. D. DANIEL FISHER

Palabras de la presidenta

Ilmo. Sr. D. Joaquín Guajardo-Fajardo y Carmona, Marqués de la Peña de los Enamorados, Archivero de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos
Sras. y Sres.:

Esta Real Academia celebra Sesión pública para recibir como Académico Correspondiente en París, al pintor y Profesor de “Les Ateliers des Beaux Arts de la Ville de París”, D. Daniel Fisher, teniendo en cuenta las circunstancias y méritos a que se ha hecho acreedor como pintor profesional, buena pare de cuya producción está estrechamente unida a la cultura española, especialmente a la andaluza, cuyos paisajes ha sabido reflejar de manera magistral en numerosas obras, algunas de las cuales ha entregado de manera generosa a esta Real Academia, enriqueciendo de esta manera sus fondos de arte contemporáneos, lo que le agradecemos en nombre de toda la Corporación. No podemos olvidar que el nuevo Académico recibió parte de su formación como becario de la Casa de Velazquez, importante institución hispanista, de-

pendiente del Instituto de Francia, cuya labor se enfoca tanto hacia la investigación histórica como a las realizaciones artísticas. El ingreso del Sr. Fisher en nuestra nómina de Académicos Correspondientes será un reconocimiento a la labor en España de la Casa de Velázquez y un enriquecimiento para nuestra Institución, a la que, en nombre de todos los Académicos, le damos, junto a nuestra felicitación, la bienvenida.

Muchas gracias.

Nombramiento como Académico Correspondiente en París del Ilmo. Sr. D. Daniel Fisher

Según consta en el libro de Actas de esta Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, en su sesión plenaria del día 30 de enero del año 2018, se acordó nombrar Académico Correspondiente de la Real Corporación en París, al Ilmo. Sr. D. Daniel Fisher, pensionado de la institución hispanista La Casa de Velázquez, en atención a los méritos contraídos como pintor de paisajes españoles, y muy especialmente andaluces, admirados en numerosas exposiciones internacionales, y la intensa difusión de la cultura española desde su escaño de profesor de Bellas Artes en Les Ateliers de la Villa de París”.

De todo lo cual, como Secretario General, doy fe.

Dado en Sevilla, a 26 de abril de 2018.

***Presentación como Académico Correspondiente del
Ilmo. Sr. D. Daniel Fisher
por D. Juan Fernández Lacomba***

Sra. Presidenta, compañeros académicos, señoras y señores, amigos todos:

Es para mi gran honor y satisfacción presentar al pintor Daniel Fisher como académico correspondiente por París de esta Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría de Sevilla, no solo por las circunstancias y méritos que en él concurren como pintor profesional con amplios reconocimientos, pues tanto su personalidad como su biografía, como expondrá él mismo seguidamente, están estrechamente unidos a la cultura española.

En los años ochenta del pasado siglo ha sido artista pensionario de una importante institución hispanista: como ha sido históricamente la prestigiosa Casa de Velázquez de Madrid, dependiente del Institute de France. Institución centrada tanto en la investigación histórica y académica como en la creación artística, contando con una labor siempre de alta excelencia (desde su creación en 1928 a instancias del rey Alfonso XIII). Realmente un centro muy estimado culturalmente en sus actuaciones dentro de las relaciones hispano francesas.

Ese mismo reconocimiento temprano de nuestro nuevo académico se hace extensivo al contar con un amplio currículum de actividades y exposiciones habidas en estas últimas cuatro décadas. Entre las que habría que destacar exposiciones en el Institute de France de la Academia francesa en París, pasando por galerías parisinas, americanas y también españolas en un buen

número; así como en la Cité Internationale des Arts de la capital francesa, o centros internacionales como la Universidad de Denver, Colorado.

Habría que añadir a todo ello su importante labor desarrollada como profesor de Les Ateliers des Beaux Arts de la Ville de París, centros por los que han discurrido un sin fin de alumnos, estimulados por su entusiasmo hacia la pintura del natural, siempre intensamente desarrollada por Fisher. Una reconocida labor incluso por el celebre pintor español Antonio López, quien ha señalado a Fisher como alumno singularmente destacado en sus cursos, impartidos anualmente en el Museo de Albacete. Una labor inestimable, sin duda, por el tesón y la energía creativa que Fisher ha desarrollado con intensidad en sus clases. Tarea que he tenido la ocasión de conocer de cerca, invitado por él mismo en numerosas ocasiones, pudiendo siempre constatar en París sus magníficos resultados sobre el alumnado. En particular su gran impulso docente centrado en el intensivo estudio del natural.

Pero, aparte de su evidentes méritos profesionales, hay que señalar otras condiciones realmente estimables de su personalidad, entre ellas las que creo más destacables: un alto sentido de la fidelidad y la atribución de un gran valor de la amistad. Las cuales he tenido la oportunidad de poder confirmar en muchas ocasiones a todo lo largo de estos años. Por supuesto, entre otros méritos, es su manifiesta hispanofilia, algo que para mí le convierte en casi un hermano pintor, al mismo tiempo que un verdadero artista del contexto español, y también podríamos incluso decir, sevillano en particular. Este hecho expresa, ciertamente, su gran amor hacia España, hacia todo lo español y todo lo que es cultura española. De todo lo cual, me consta, dará cumplida cuenta en su discurso; de su especial conocimiento de nuestro país, sin duda intenso y cabal. Un discurso que él mismo ha querido titular “Luces de España”, como síntesis de una manera genérica y global de cómo España le ha sido revelada.

En su discurso va más allá de su condición de pintor y manifiesta una superación de sus motivos, digamos profesionales, por otro más entusiasta incluso: el de su hispanofilia. Fue por motivos profesionales por los que nos conocimos como becarios en Madrid en una etapa crucial de nuestras vidas y ha querido incluir en su discurso una serie de vivencias y anécdotas en las que Andalucía, desde un primer plano, siempre está presente. Fisher, estoy seguro, ha encontrado en Andalucía una dimensión afectiva, e incluso trascendente, siempre embriagado por su luz, sus gentes, y sobre todo por sus paisajes. Hace unos días, precisamente, hemos estado en Carmona y Ronda, ciudades de las que entusiasmamos y siempre visita de manera obligada durante sus estancias. Que han sido muchas desde aquellos principios de los años ochenta hasta ahora,

casí tantas como años transcurridos.

Pero, a Fisher no solo lo podríamos entender como un artista hispanófilo más, sino como alguien, sin distancia, vinculado desde el corazón con lo español a lo largo de su vida. Máximo cuando se trata de alguien que siendo americano, concretamente californiano, nacido en Los Ángeles, recriado en París y Nueva York, es un grandísimo viajero por el mundo. De ahí que se explique su capacidad por las lenguas. Pues prácticamente es bilingüe en el uso particular del castellano. Él mismo considera al español como su lengua, y nunca rechaza practicarla cuando tiene delante alguien hispanófono. En gran medida podría considerarse como un artista nómada, pues ha practicado su arte en numerosos lugares del mundo: y en consecuencia Fisher domina con soltura aparte del castellano y el inglés y francés, el alemán y algo de portugués e italiano. Estamos pues, en verdad, ante un verdadero prodigio para las lenguas, algo a lo que no solemos estar acostumbrados. Es un verdadero lujo y una suerte el disfrutar de su cordialidad de amigo, siempre entusiasta, para cultivar su cercanía mientras que compartimos el arte.

Recordemos que Fisher ha expuesto en inolvidables muestras que han jalonado su trayectoria. Una trayectoria de pintor intenso de color y gran vitalista, siempre interesado por una visión casi hedonista de las cosas, por sus poliédricas latencias que suscitan la variedad de formas encontradas en el mundo. En cuanto al color, siempre en su caso es obligado decirlo, posee un don especial. Algo a lo que nunca renuncia y que siempre encuentra afortunadamente y proyecta en su versión lumínica de sus paisajes. Paisajes con denso color y riquísima plástica. Fisher, como colorista capaz siempre nos sorprende, hasta el punto de provocar una fascinación difícil de encontrar en otros pintores. Pero esta es una cualidad que él posee de manera muy personal, casi con una casi exclusiva naturalidad. Pero, al hablar del Fisher artista, hay que referirse a él como alguien muy a contracorriente: pues de manera muy voluntariosa ha sabido aglutinar artistas interesados por el natural. He de mencionar que siempre con él y en compañía de otros pintores internacionales, he participado en muchas aventuras plásticas y expediciones inolvidables: en Los Alpes en Chamonix, Mont Blanc; Yosemite, Val del Loire, Hudson Valley, Bretaña, Alsacia, Alemania, el Midi francés, etc... Pero muchos han sido también viajes compartidos en museos y galerías de todo el mundo. Aunque casi siempre con la motivación y la inquietud por el encuentro directo ante paisajes muy diversos.

Como nuevo académico correspondiente, poseyendo esas facultades personales de artista plástico, y valores tan estimables, no me cabe duda, ayu-

dará y servirá,estoy seguro,en todo momento a esta Academia, en lo que esta pueda necesitar o requerir como corporación. Para Fishersupone un alto honor servir a esta asamblea, y con sus buenas prácticas puede, estoy seguro, llevar a cabo labores correspondientes a su óptima hispanofilia. A este respecto, es importante añadir su vinculación e implicación vital con la ciudad de Sevilla, la cual conoce con profundidad y visita prácticamente cada año. Prueba de ello es el conjunto de acuarelas con encuadres andaluces donadas a esta Academia por el pintor.

En Sevilla suele tomar el pulso artístico y cultiva muchas amistades. Como ya dije, realmente hemos de considerarlo,por toda una serie de razones y circunstancias, como un artista más de nuestro contexto. Más en un mundo como de hoyinevitablemente insertado en una era artística con interacciones globales.

Así que, querido amigo, considera este acto como respuesta a tu continuada vinculación afectiva y profesional con la ciudad de Sevilla. Como parte del cariño de la misma hacia tu persona, que siempre te acoge y seguirá acogtiéndote. Y ahora,quien mejor que tu mismo para expresar tus afectos. Ahora tienes la palabra.

***DISCURSO DE RECEPCIÓN COMO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DEL
ILMO. SR. D. DANIEL FISHER***

Luces de España

Señora Presidenta,
Señores académicos, estimados colegas y amigos:

Sin duda alguna hoy es un día señalado en mi biografía, pues para mi constituye una enorme satisfacción contar con la posibilidad de expresar ante ustedes la gran alegría de encontrarme aquí, en la sede de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría de Sevilla para recibir el honor de ser nombrado académico correspondiente de su ilustre corporación. Un nombramiento que sinceramente me complace, y que con unas sencillas, pero sinceras palabras, quiero transmitirles las razones fundadas de mi felicidad. Para ello he confeccionado un texto que he titulado *Luces de España*. Una disertación que viene a ser la justificación, digamos de mi hispanofilia manifiesta.

Comencemos pues dando un paso atrás, de algo así como 40 años. En París realicé mis estudios en la Escuela Nacional Superior de Bellas Artes, donde tuve la oportunidad de estudiar con el pintor Louis Nallard: un artista nacido en Argel a orillas del Mediterráneo y afincado más tarde en París. Nallard fue una figura destacada de la Escuela de París y protagonista indiscutible de la denominada *Abstracción Lírica francesa*; insertado generacionalmente en la mítica galería *Jeanne Bucher* desde finales de los años 40,

en plena etapa de la cultura existencialista de la postguerra europea.

En los años en que frecuenté su estudio de la rue Saint Victor del Quartier Latin, siempre se ponía allí de manifiesto la presencia cálida de la luz del Mediterráneo. Por lo general, sus lienzos eran evocaciones de este paisajes, cuando no verdaderos acercamientos al carácter de la tierra que le vio nacer. En Argel conoció Luis Nallard a muchos españoles y trató a muchos *pieds noirs* de su generación después de la independencia. Entre ellos al escritor Albert Camus. Siempre, al hablar de Argelia expresaba gran añoranza. Pero Luis y su esposa María, también pintora, viajaban con frecuencia a la Península Ibérica buscando parajes que les recordaran su tierra; hasta el punto de pasar largas temporadas cerca de Castellón de la Plana para pintar sugerentes evocaciones del paisaje del Mediterráneo y que, ciertamente en su caso constituye su rasgo más distintivo como pintor.

En mis años en la ENSBA había mucha presencia de estudiantes españoles. Recuerdo a Pepe Gómez, Javier Aguirre, Antonio Ross Blasco, José Ibáñez, todos ellos procedentes de varias regiones en España. Muchos de ellos se hallaban en París con la condición de desterrados, eran artistas bohemios que del mismo modo cultivaban una nostalgia por su tierra. Algunos exageraban sus características regionales a veces de manera muy teatral, hasta incluso lo caricaturesco como desarrollando un cierto papel, que en ocasiones era algo burlesco entre ellos... A mi parecer eran personajes con mucho colorido, de los que sabían alegrarse, cantar, bailar y tocar las palmas. Una virtud que considero muy española por cierto.

Eran jóvenes talentos, artistas pobres, pero soberbios embajadores de su país y de su cultura que influían a los demás. En verdad, el estudio de Monsieur Nallard de aquella época tenía un color especial y ciertamente español; de manera que lógicamente llegué a pensar que España era “el país de la pintura y de los pintores”. Cada uno de los españoles hacía promoción de su región y en particular de sus artistas, así que muy pronto me familiaricé con la pintura española y sus autores universales. Esos compañeros bohemios desterrados y pobres, al mismo tiempo eran apasionados de su cultura, me hablaban de pintura española y sembraron en mi la semilla que inició mi hispanofilia.

Así nacen las pasiones. Por supuesto empezando con los grandes clásicos: Velázquez, Ribera, Zurbarán, Murillo, Goya, Meléndez, Zuloaga, Sorolla, Gutiérrez Solana, Iturrino, Gris...; entre tantos maestros Picasso era un dios, venía a ser: “el sol español” que lucía en Francia. La fama de la pintura española era tal que muy pronto pensé que tenía que verla por mis propios ojos, ir a España, vivirla de cerca. Este fue el motivo fundamental por el que

entonces decidí en 1981 optar al concurso de la Casa de Velázquez para una beca de estancia artística en Madrid. Algunas decisiones que tomas temprano pueden tener en la vida mucha importancia, influir para una vida entera.

La Academia des Beaux Arts del Institute de France me concedió aquella beca en la Casa de Velázquez. En realidad, para mí aquello fue un arco iris con el que comenciar mi carrera artística y una inmersión cultural de dos años en condiciones excepcionales. Yo me hallaba entonces con el entusiasmo propio de la juventud y decidido realmente a no perderme ningún instante de aquella situación privilegiada. Pensaba que algo excepcional me estaba ocurriendo.

Así que emprendí el viaje en septiembre de aquel mismo año, tomé un tren con literas hacia Barcelona, una de las puertas de entrada de España. Visité sus museos, la colección con las primeras obras de Picasso, el Museo de Arte Moderno de la Ciudadela, el barrio gótico, la arquitectura Art nouveau y Gaudí. Cuando llegué allí se hallaban en fiestas, las de la Merced de fines de septiembre y dejé mi equipaje en una pensión del barrio chino, al lado de la estación de Francia. Ya entonces no se me escapó el colorido peculiar de aquel barrio y constaté toda su picaresca. El mismo día 24 de septiembre tuve ocasión de ver las torres humanas de los castellet. Con toda aquella multitud festejando su patrona, me resultaba algo asombroso, que al lado de nuestro 14 de julio me parecía una fiesta contenida y hasta severa. A la mañana siguiente las calles de la ciudad estaban cubiertas de botellas de cava, aunque yo con algo de resaca buscaba la estación rumbo al sur, bordeando la costa mediterránea. Pasé por Peñíscola para visitar unos días al matrimonio Nallard que estaba pasando una temporada. Me dijo Luis Nallard me llegara a la pequeña ciudadela que todos en el pueblo lo conocían. Yo no tenía su dirección, pero una señora me llevó hasta la puerta de su casa. El pintor me acogió con una hospitalidad desconocida en París, era otro hombre, con pantalones cortos, camiseta y alpargatas. Me quedé con ellos algunos días y visité junto a ellos la desembocadura del río Ebro. También me llevó a tabernas por las noches para escuchar cantes populares.

Como decía, estos dos artista tenían España como su segunda patria. Pude comprobar en seguida que estaban muy integrados, a la vez que se relacionaban con los artistas españoles y extranjeros afincados en España. Fue el propio Luis Nallard que ya llevaba años viviendo en España, quien me dijo estar atento a lo que estaba ocurriendo en el país, en unos pocos días me estaba dando cuenta que un viento nuevo soplaba. Luego visité Valencia y su museo, pues quería ver el autorretrato de Velázquez, que alguno de los compañeros de

Paris me contaba que era la cosa más fantástica de la pintura. Lo era y cierto, pero como el maestro sevillano no estaba muy bien representado en el Louvre, aquella experiencia resultó estar muy por encima de mis expectativas.

Tras unos días en la costa llegué en tren a Madrid cruzando Castilla; entonces tuve la visión de una tierra reseca, con campos quemados por el sol del verano, una tierra bañada de una luz cegadora que lo blanqueaba todo. Una impresión muy distinta a la grata costa mediterránea. Yo acababa de cumplir los 22 años, una edad en que todavía somos muy permeables, y me hallaba inmerso en el país que entonces se encontraba en plena transición. En aquel nuevo escenario quedaban aun rastros y huellas de la grandeza de España: un pueblo a la vez fascinante y orgulloso de su pasado y de su gran cultura, con un patrimonio excepcional. Por entonces me fascinaba tanto aquellas realmente distintas facetas de esa nueva cultura, con aspectos a veces positivos y hasta muy felices; a veces negros, como ocurría con el mundo de la picaresca que por entonces todavía se hacía muy presente. Pude confirmar que en el Madrid de aquella época aun subsistían aspectos que se hallaban recogidos en obras leídas, como *La Colmena*, la célebre novela de Camilo José Cela.

En la capital los artistas españoles se encontraban en los grandes cafés, como el Comercial en Tribunal, para asistir a tertulias muy animadas. El gusto de los madrileños por las conversaciones era algo impresionante. El arte emanaba de las discusiones, los artistas compartían sus opiniones y circulaba la información; al retirarse uno se llevaba más información y contenidos. Entonces uno mismo podía ir a los museos o a las bibliotecas y ver con sus propios ojos lo que se había comentado. En aquellas conversaciones tan animadas no se trataba solo de arte español sino también del arte internacional del momento, un debate en el que, según mi perspectiva, y también pude comprobar, los artistas españoles llevaban ya bastante tiempo.

Madrid se hallaba en plena efervescencia durante los primeros años de la movida madrileña. Un ambiente de renovación cultural comparable al Paris de 1900 o el Nueva York de los años 50, un momento en que todo era posible. En el Madrid de entonces existía un grandísimo entusiasmo, había realmente ganas de todo. Comenzaban los primeros reconocimientos internacionales hacia muchos talentos españoles, tanto en la pintura, en cine, en literatura...La cultura del país estaba cambiando gracias a una nueva generación de artistas, aun cuando la cultura española de entonces no se había internacionalizado y mantenía un carácter propio. Se hablaba de pintura española cuando en Paris todo era “internacional” entre comillas.

A mi edad era alguien muy permeable y decidí aprender el idioma,

absorber todo lo posible y sumergirme plenamente en la cultura española que me resultaba tan atractiva. Conecté con los artistas españoles y en muchos casos cultivé amistades que he mantenido a lo largo de estos últimos 37 años. Mi centro de operaciones fue la Casa de Velázquez: un lugar de creación artística a la vez que una institución centrada en la investigación. En eso consistía su singularidad dentro del conjunto de las cinco Escuelas Francesas en el extranjero: como la Academia de Roma, de Atenas, el Instituto Francés de Arqueología Oriental del Cairo y la Escuela Francesa de Oriente Medio, que se hallaban dependientes de la tutela del Ministerio de Enseñanza Superior.

En efecto, la Casa de Velázquez presenta esa particularidad desde su fundación en 1928, contando con la posibilidad de acoger conjuntamente a artistas, a través de l'Académie de France à Madrid, e investigadores dentro del marco de la Escuela de Altos Estudios Hispánicos e Ibéricos (EHEHI). Tiene pues la misión de desarrollar actividades creadoras e investigaciones relacionadas con las artes, las lenguas, las literaturas y las sociedades de los países ibéricos e iberoamericanos. En la misma Casa yo disponía de mi propio estudio como lugar de trabajo, y el entonces director, el conocido historiador Didier Ozanam y Louis Jambou, acreditado musicólogo que actuaba de secretario de sección artística, ambos nos animaban a los pensionados de aquellos años a emprender relaciones con España y entrar en su mundo cultural, al igual que ellos también lo hicieron en su momento.

A este respecto, hay cosas esenciales en la vida, algunas de ellas son los encuentros y la amistad que se va gestando en esas excepcionales circunstancias, que poco a poco cristalizan en profundas amistades fecundas. Allí, en la Casa, en ese primer mes de octubre tuvo lugar mi encuentro con Juan Lamcomba, entonces Becario Sevillano de la galería Juana de Aizpuru. Desde ese preciso momento Juan ha compartido conmigo su inmensa cultura española y me ha contagiado el amor por ella. El señor Louis Jambou veía muy positiva la amistad que me unía a Juan. Él mismo, a lo largo de estos años habría seguido con una mirada de benevolencia los avances de, digamos, mi "impregnación española". Hace poco le comuniqué la noticia, invitándole a unirse a nosotros aquí en Sevilla; él muy entusiastamente me dio la enhorabuena y os saluda amistosamente.

Lo primero que me sorprendió de Juan fue su inmensa cultura, tanto clásica como moderna, y su pasión por lo que se estaba creando en entonces. Juan era un vanguardista con formación humanista, algo realmente excepcional. Sus talentos artísticos eran obvios, y las obras que ya en aquellos años producía eran las de un artista en plena posesión de sus medios. En la Casa

de Velázquez teníamos estudios contiguos, en la misma planta. Si uno había pintado un cuadro inmediatamente lo enseñaba enseguida al otro y así poder recibir las críticas necesarias para avanzar. Emprendíamos discusiones interesantes que realmente eran muy formadoras pues nuestros intereses eran comunes, con semejantes aspiraciones a las de otros muchos artistas, compartiendo así nuestros conocimientos. De pronto nos hicimos inseparables, el día dedicado a pintar y a ver exposiciones. Las noches de Madrid eran pura efervescencia cultural, inauguraciones, conferencias, conciertos, fiestas...En aquellos días de renovación existía un ambiente en el cual todo era accesible, estábamos abiertos a intercambiar opiniones y dispuestos a participar de aquel momento excepcional de cultura. Conocimos personalmente a muchos artistas importantes de primera línea en la escena nacional.

Eran los años todavía del inicio de la movida madrileña que luego se convertirá en un éxito internacional. Muchos de los actores del movimiento son ahora verdaderas estrellas mediáticas y del mundo artístico.

Mi posición era la de un curioso asombrado, entusiasmado por todo lo que estaba pasando ante mis ojos. Los artistas de entonces eran jóvenes renovadores de la cultura española y Juan era parte de ellos. El prestigio del nombre de Juana de Aizpuru asociado a su beca, le daba una aureola de artista vanguardista en Madrid. Contaba con el apoyo del pintor José Guerrero como becario en la Casa. Además con bastante frecuencia nos encontrábamos en fiestas e inauguraciones de moda con jóvenes talentos, como Guillermo Pérez Villalta, Miguel Ángel Campano, Cesar Fernández Arias, Almudena Armenta, José Manuel Brotó, José María Sicilia, Menchu Lama, Antón Patiño, Carlos Alcolea, Alfonso Albacete, Alberto García Alix, Miguel Barceló, María Gómez...

Algunos artistas franceses que también estaban al tanto de lo que ocurría, como Francis Daubresse decidió quedarse a vivir en Madrid después su estancia como becario. Francis, al que conocí en París como alumno de Bellas Artes, procedía de una familia de la burguesía francesa y siempre se halló muy inmerso en la bohemia madrileña, era un verdadero conocedor de la cultura nocturna del Madrid de los 80. Conocía a todos los artistas y celebraba junto a muchos de ellos aquella transición tan prometedora de éxitos, aunque se mantenía al margen de la colonia de franceses en Madrid. Precisamente por ser yo amigo de Juan hizo conmigo una excepción, y también porque compartíamos el mismo interés por la cultura española. Recuerdo igualmente a Juan Antonio Vizcaíno granadino emigrado en Madrid, hombre de teatro y articulista, era el director de la creativa revista Teatra, él nos deleitaba con la interpretación

de los cuplés con temas castizos españoles como los célebre “ojos verdes”. Era amigo y compañero del novelista y articulista Alfonso Rojo. Solía traer a nuestros estudios siempre su chispeante alegría. Los fines de semana normalmente los dedicábamos a excursiones por lugares cercanos y las provincias castellanas: El Escorial, Toledo, Aranjuez, La Granja, Segovia.... y solíamos pintar al aire libre o tomar apuntes con lápiz o acuarela.

España era la gran inspiradora. Me entusiasmaba cada viaje que incluía la visita y el conocimiento de todo ese ingente patrimonio monumental de la mano de Juan, que siempre compartía sus conocimientos sobre la historia y la cultura española sin reserva. Aun recuerdo la primera visita con él a la catedral de Toledo, lo apasionante que ha sido la significación de la arquitectura, de los elementos decorativos y simbólicos, el tesoro con su orfebrería y los cuadros.... la impresión ante los Grecos. Verdaderamente todo lo aprendido se te que queda y sirve. Con tal introductor realmente me hice pronto familiar de la cultura española.

He de reconocer que Juan ha desarrollado a lo largo de muchos años una inmensa paciencia conmigo, terminando a veces con esta frase “ A ver: te enteras o no te enteras”,...pero, sobre la marcha me fuí enterando. A Juan le debo también mi pasión por Andalucía. Me invitó a Sevilla y su familia me acogió abiertamente, me alojé en casa de su madre: la señora Josefina Lacomba me hospedó como uno más de la familia y conocí a su hermanos, que enseguida me trataron de manera muy fraternal. Mi primera visita tuvo lugar en primavera, para disfrutar de la Semana Santa, y pude vivirla tal como puede sentirla un sevillano como Juan: viendo los pasos, poniéndome frente a ellos y marcha atrás: lo que llaman ahora “cangrejear” adelante de los palios.

En Carmona donde Juan tenía estudio me detuve con sorpresa ante los niños jugando con las cruces de mayo, con sus pasos de cartón por las calles del pueblo imitado los adultos, unos eran costaleros otros imitando la banda con marchas muy marciales. Alguno, el más pícaro, era el capataz dando órdenes a sus amiguitos ciegos dentro del paso de cartón bajo la cruz gritándole: “ y ahora al cielo con ella”, dirigiendo el paso por estrechas calles fingiendo grandes dificultades y animando a sus compañeros gritándoles: “no corré, no corré”, “derecha alante, izquierda atrás”. Me resultaba muy interesante comprobar personalmente que en los pueblos todavía subsistía mucha picaresca, recuerdo en el Puerto de Santa María a un hombrecito ciego que pregonaba en voz alta sus cupones y se acercó para intentar vendernos uno. Juan le dijo: “este hombre es francés no se entera de lo que vd. le dice”, el ciego de los cupones alzó la cabeza y soltó: “si ya un gabacho: un cacho carne con ojos”.

Yo me había enterado, le compré un cupón y él se despidió diciendo: “vaya con Dios”.

Pero un momento mágico fue cuando me llevó a Carmona al estudio que compartía entonces con Juan José Fuentes también pintor y el arqueólogo Fernando Amores. Se trataba de un antiguo silo del siglo XVI o XVII. Aquello era un verdadero ateneo cultural y un verdadero punto de encuentro de todo un grupo de amigos: una sociedad de personas de todos los estatus y niveles allí acudían. Desde personas aristocráticas como María Luisa Larrañaga, Ignacio Gaytán, Perico Romero, María Gavira, Meye Maier,... a los del pueblo llano. Recuerdo a las simpáticas hermanas Saucedo que nos alegraban con sus bailes de sevillanas y sus sonrisas. Antonio Laua con sus reflexiones y sus aspiraciones respecto del mundo de la literatura y poesía. Especialmente la singular Carmen Gaona, personaje donde los haya, con su talante flamenco nos transmitía su fervor de rociera con sus cantos y bailes por burlerías; así como algunos chistes verdes con los que nos “partíamos de risa” y que quizás los contaremos más tarde después de unas cuantas copas.... En general, por allí desfilaban todo tipo de personas, desde profesores y alumnos de las facultades, a muchos artistas nacionales y extranjeros de paso por Carmona (como Dis Berlín, Kiko Rivas, Guillermo Pérez Villata, y en general los amigos de Madrid que en sus viajes al sur hacían sus periódicas visitas al estudio.

En el estudio tenían lugar conversaciones muy animadas donde todo el mundo intervenía, entre todos las ideas avanzan así uno se informaba de cosas que no conocía, en conjunto todo era un trasvase de conocimientos e intercambios. En los años ochenta aquellas estancias en Carmona eran sobre todo un auténtico disfrute. Durante las jornadas recorriamos el paisaje de Los Alcores en busca de motivos pictóricos: La Cueva de la Batida, las terrazas del Guadalquivir, el río Corbones y la Vega, Trigueros, El Judío, Alcaudete, Gandul, la Necrópolis de Carmona, la fábrica de anisados de Brenes, justo al borde del alcor. Todos eran lugares de gran belleza y poesía. Muchas veces a lo largo de estos 37 años he vuelto a pintar ante esos motivos que siempre me inspiran nuevas emociones y me impulsan a la reflexión pictórica, a reinterpretarlos, con una nueva mirada, desde los valores de la pintura contemporánea.

En Carmona residía entonces María Larrañaga Seras esposa del escritor y embajador Agustín de Foxá y su hija Blanca. María, bellísima persona, le encantaba hacer salón y tener visitantes, emprender conversaciones sobre cultura y los viajes. Ella había recorrido el mundo y había vivido en las esferas más altas de la sociedad y luego se había retirado a Carmona para vivir con el ritmo del campo. Más tarde se trasladó a la sierra de Aracena para vivir lo más

cerca de la naturaleza. Una persona sin duda de una grandísima sensibilidad. Era alguien muy elegante al mismo tiempo que muy avanzada en cuestiones medioambientales, verdaderamente al día y muy informada de los peligros que amenazaban a la naturaleza. Era probablemente una de las personas que más nos ha influido en su visión de la naturaleza.

En Andalucía, aparte de la luz feliz de esta tierra y su clima gratificador, encontré algo parecido al ambiente que me era familiar en mi California natal, donde viví mis años de juventud. Aquí he reencontrado una luz familiar parecida a la de mi infancia. Pero para mí la luz en Andalucía es realmente un hecho creativo, su luz me ha permitido desarrollarme como pintor pleinairista, a través de muchas aventuras pictóricas en su territorio. He recorrido todas sus provincias a la búsqueda del paisaje ideal, aquel que da inspiración y te ofrece la motivación para pintar. No sin razón los argumentos en el paisaje se denominan motivo.

En efecto, los pintores que cultivamos la práctica del natural nos disolvemos y nos entregamos, físicamente, ante el paisaje. Y a partir de esa entrega nos adentramos en el análisis y en la resolución del espacio mediante soluciones plásticas. A partir de ahí el paisaje es tanto un encuentro como una construcción, mediatizada por las emociones y la propia memoria, donde siempre estamos personalmente implicados. Mediante la observación intensa nos identificamos con el motivo, hasta el punto de llegar a pensar que somos esa montaña, ese árbol o ese pájaro. En las serranías Andaluzas, de Ronda, Cádiz, Cazorla, en Sierra Morena y las Alpujarras, en sus extensas costas luminosas...., sin duda he experimentado mis mejores momentos de pintura. Estoy seguro que algo de esas emociones y momentos de plenitudes las he llevado a mis cuadros. Siempre que vuelvo a París con los cuadros pintados aquí, al verlos tiempo después uno revive las sensaciones. Con la representación del motivo el cuadro nos devuelve a aquella luz hallada, sentida, nos devuelve a la contemplación del espacio y las formas de los accidentes geográficos y naturales, con el movimiento, el viento y sus vibraciones, los olores... En definitiva, a la vida del lugar que lo inspiró. Cuando un paisaje se posee tras esas experiencias mucho de él se queda en mi. Lo llevo en mi para siempre.

Sin duda los recuerdos plenos son imborrables. Os relato una anécdota, a propósito de una excursión en los ochenta en la sierra de Grazalema. Era los inicios de primavera, hacia mediados de abril, nuestra intención era dar la vuelta a la cima de El Reloj un pico de 1.535 ms. de altura, con la aspiración de hallar el mejor lugar para pintar. Pero estando en plena tarea de pintura se nos hizo tarde y llegó la oscuridad. Nos perdimos y tuvimos que hacer noche

a esa altitud. Solo teníamos unas mantas y pasamos un frío terrorífico a pesar de la candela, pero, recuerdo la bóveda estrellada de aquella noche inmensa y protectora. Todavía esa noche ilumina mis recuerdos. Algunas de esas acuarelas que he pintado en esas aventuras por Andalucía son mis verdaderos tesoros. Me enorgullece que esta Academia haya tenido a bien aceptar el obsequio de unas cuantas de ellas.

En plena naturaleza las experiencias compartidas se retienen siempre, y sobre todo en esta tierra siempre me he enriquecido al fundirme con los sentimientos de los propios andaluces. He tenido el privilegio de poder hacer el Camino del Rocío y tuve la suerte de poder compartir la fe, la alegría y la esperanza; de fundirme con el gentío y los peregrinos en la aldea y he gozado de estar presente formando parte del evento. De igual modo, digamos que los artistas Andaluces me han adoptado como uno más de ellos. Me ha dado su apoyo Félix Gómez como galerista, él ha sido amigo y también anfitrión que me dio en varias ocasiones la oportunidad de exponer mis pinturas realizadas en España. Asimismo estoy muy satisfecho de haber contado todos estos años con la amistad de pintores como Félix de Cárdenas, Jaime Burguillos, Pedro Simón, Juan Maestre, Paco Reina, Juan José Fuentes... entre otros muchos.

He de decir que en París mis estudios siempre han sido un lugar de acogida para españoles. Juan se instaló inicialmente en el estudio que yo tenía en 1981 rue Ricaut; mientras aun gozaba de mi estancia en España. En París vivió él la bohemia parisina. En su caso, he de reconocer su arrojo y valentía, desde aquí le rindo un personal homenaje por aquella decisión realmente aventurada dadas sus circunstancias. Pues partió a París, primero sin beca, solo y con unos pocos ahorros, pero eso sí, decidido a aprender todo lo que le podía ofrecer en arte la capital francesa.

Entrados ya los años 80 en París habitaba una pequeña colonia de pintores españoles. Recuerdo nombre como Luis Goenaga, Miguel Ángel Campano, José María Sicilia, Ferrán García Sevilla, Miguel Barceló, y Juan Lacomba era naturalmente uno de ellos. Como amigo cercano he sido testigo de cómo allí se fraguaron muchos talentos y cómo se articularon muchos de sus futuros éxitos. Ciertamente fue un momento donde la pintura española se hizo más internacional, a partir de la estancia de esos valientes artistas instalados en París.

Ellos verdaderamente sufrieron años difíciles en la pobreza, llegando a encontrar apoyo exponiendo en galerías de mucha fama como Yvon Lambert, Chantal Crousel, Etienne de Causans...

Con el regreso de Juan Lacomba a España, ya instalado en Carmona,

los veranos eran tiempos felices de reencuentros. Pasábamos temporadas en la costa sur de Andalucía, aprovechando para pintar y hacer exposiciones con Magda Bellotti que entonces llevaba con mucha profesionalidad una galería en Algeciras. Aun mis hijos recuerdan aquellas estancias con gran nostalgia y entusiasmo tantos veranos en los que disfrutábamos todos juntos, algunas veces compartidos con otros amigos de Juan, como en la finca de Paco Victoria en Ayamonte. Desde allí emprendíamos algunas excursiones a Portugal y localidades de la provincia de Huelva aprovechando siempre la oportunidad de pintar paisajes.

Desde mi trabajo como profesor en los Ateliers des Beaux Arts de la Ville de París, procuro siempre mostrar e instruir a mis alumnos el estudio y conocimiento de la pintura clásica española, la moderna, y por supuesto la contemporánea. A raíz de mi interés por el cultivo del natural junto con un grupo de alumnos y pintores franceses fundé la asociación Les Rats des Champs basado en expediciones de práctica del plein-air. Un colectivo que centró sus actividades en la realización de un arte nómada inspirado por lugares determinados. En realidad un intento, desde luego necesario, de volver a conectar la pintura con vivencias directas halladas directamente en la propia naturaleza, reivindicando siempre el paisaje como un género fecundo. Como ha sido tradición en toda la modernidad. En esas tareas he involucrado a otros pintores participando en numerosos viajes a España. Decenas de pintores se apuntaron a viajes creativos de pintura a plein air en estas últimas décadas, pintando los fabulosos paisajes de Andalucía. De hecho, muchos de ellos han compartido conmigo esa hispanofilia, como los franceses Pierre Lecacheux, Vincent Bioulès, o los pintores norte americanos Richard Groskopf, Ralph Nagel... entre otros muchos. Todos ellos me comentan lo agradecidos que están por disfrutar de la experiencia inigualable de trabajar ante los paisajes andaluces.

Pero si Andalucía ha sido el centro de mi atracción en España, también la capital es otro punto afectivo de referencia. Vuelvo con bastante frecuencia a Madrid donde visito viejas amistades como mi amiga la escultora Almudena Armenta. En Madrid siempre aprendo cosas nuevas, esa ciudad me regala siempre nuevos secretos de sus museos, sus exposiciones, de los paseos por la ciudad. He vuelto igualmente repetidas veces a Castilla-La Mancha para participar en los talleres de pintura que imparte el maestro Antonio López en Albacete. Con el cual comparto sin reserva su postulado de pintar del natural. Antonio López es un artista manchego impregnado de la cultura española, que bien puede ser considerado como un realista cercano a un tipo de mística muy

española. En Albacete en más de una ocasión he participado en las tertulias sobre pintura española, donde siempre ha estado presente el mundo de Zurbarán Velázquez, Sánchez Cotán, Meléndez, Goya, Hões, Picasso, Gris,... Allí también me hice otros amigos pintores de la península como Alberto Romero Gil de Barcelona y también de otros artistas que acudían del extranjero como el irlandés Gavan McCullough

Pero no hace falta decir que Andalucía es mi patria de elección. Ella me ha regalado un sin fin de experiencias. Con ellas me he enriquecido y me he configurado a lo largo de estos años como artista. En verdad, no sería yo la misma persona de no haber cruzado los Pirineos hace ya 37 años, de haber tenido, hay que decirlo, el privilegio de tantas aventuras, emociones y sorpresas de la, siempre estimulante cultura Española. Me he sentido en todo momento adoptado y querido por los españoles y me he convertido en un ferviente entusiasta de España. Una tierra generosa, prolífica, y diversa, que me ha regalado siempre inspiración. Por lo que a mí respecta, estoy siempre agradecido a España. No duden señores académicos que este nombramiento es para mi un inmenso honor, pero también supone para mi asumir unos deberes, ahora de una manera más contundente si cabe. Una obligación y también, sinceramente un verdadero estímulo, para seguir compartiendo, a partir de ahora con ustedes, la aventura de mi pasión por España.

Finalizar estas sencillas palabras de agradecimiento ante esta institución que ahora me acoge; por supuesto, contando con la seguridad no solo de mi fervor por este amado país, sino también con mi disponibilidad, ahora y en el futuro, para el desarrollo de la cultura española a través de las Bellas Artes.

Muchas gracias.